

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Los cuartos de hora, cuento, por D. Leandro A. Herrero (continuación).—Tristeza de niña: poesía, por D. Pedro María Barrera.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—A María de la Gloria Melgar y Saez: poesía, por D. Ramon del Prado y Reguera.—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquín Tomeo y Benedito.—Explicación del figurín que se reparte con este número.—Sección de noticias, sobre la inundación de Valencia.—Sección de avisos y anuncios.—Pliego 61 de *La Pastora del Guadiela*, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar, que se reparte también con este número.

LOS CUARTOS DE HORA.

CUENTO.

(Continuación) (1).

—¡Vaya! ¿Pues no es mejor probar eso que decirlo?

—Buenas son las dos cosas.

—Sí; pero eso sería pedir gollerías, señora, y las

mujeres sensatas deben conformarse con una de las dos.

—¡Ya es V. buen apunte!

—Y bien: ¿quiere V. que se lo pruebe?

—No me opongo á ello; mas conste que es por divertirme á sus espensas... Vamos á ver: ¿cómo puede V. probarme que me ama?

—De una manera muy sencilla, señora. Nuestros amigos nos han encerrado aquí: V. teme que lleguen y que nos sorprendan, cosa que divulgada despues podria comprometerla á los ojos de las buenas almas murmuradoras. Por consiguiente, yo que soy la causa, debo destruir el efecto, debo salvarla. Esto es muy fácil para mí.

—¿Á ver?

—Venga V. acá, dijo D. César aproximándose al balcon de la estancia. Repare V. este balcon: se eleva diez ó doce varas sobre un estanque profundo: si yo me arrojo por él...

—¿Qué... qué sucederia? preguntó la marquesa temblando.

—Sucederia, señora, que me iria á parar derechito al fondo, porque nado como un pez de plomo. Sin embargo, tendria el placer de haberla salvado del

(1) Véase el núm. 101.

ridículo, y este placer, lo confieso, no me parece caro, aun á costa de mi vida.

D. César pronunció estas palabras con emocion profunda. Margarita se conmovió.

—No, le dijo, no es preciso que V. muera. ¡Libreme Dios de aceptar el sacrificio de su vida!

—Entonces, señora, cátese V. conmigo.

—Eso tampoco... Si yo no le amo á V.

—Pues bien, déjeme V. tragar unas cuantas azumbres de agua en el estanque. Con su permiso de V. me voy á tirar.

—Que no, he dicho.

—Si esto es muy breve: V. me aborrece; pues bien, me arrojo al agua y la libro para siempre de mi odiosa presencia.

—Caballero, repito á V. que no puedo consentir... ¡Es mucho cuento!... ¡Quiere V. comprometerme un poco mas de lo que me ha comprometido?... ¡Vaya un lance particular!... Ó peca V. de loco, ó peca mucho de tonto. ¡Seria V. capaz de matarse por esta bicoca?

—Si V. me lo manda...

—¡Qué bien se le han pegado á V. las costumbres de esos pícaros ingleses, á quienes Dios confunda! Sepa V., de una vez y para siempre, que ni quiero que me sacrifique su vida, ni que se case conmigo... Basta ya de farsa. V. ha desempeñado su papel á las mil maravillas, y ahora me toca á mí desempeñar el mio.

—¿Cuál?

—V. verá. ¿Persiste V. en el delito de contumacia?

—¿Sobre qué?

—Sobre su resolucion de no declararse á mí lisa y llanamente como Dios manda, y como prescribe el código del amor.

—Sí, señora... ¡lo he apostado!

—¿Es decir que V. seria capaz de matarse y condenarse antes que perder esa ridícula apuesta?

—Ya he dicho á V., señora, que se necesitan pruebas...

—Ni necesito pruebas ni necesito palabras. Yo tengo escrito en mi bandera, desde que me quedé viuda: *Una y no mas, señor San Blas*, y estoy resuelta á no retroceder en mis propósitos. Pero V. que se ha introducido en mi casa de una manera incalifica-

ble, V. que ha abusado de mi bondad, V. que con su audacia y su avilantez ha comprometido acaso gravemente la reputacion de una mujer que nunca le ha hecho daño, merece un castigo ejemplar, y ese es el que voy á tener el grandísimo gozo de proporcionarle.

Concluido esto, se encaminó Margarita á la puerta, poseida de un arrebató peligroso. En la parte de afuera se encontraban ya Valderrobles, Monreal y Campo-Frio, que acudian con grande algazara á saborear la estraña sorpresa que se habian preparado.

—¡Abran Vds. esta puerta! gritó Margarita. ¡Inmediatamente, inmediatamente!...

La puerta se abrió, y se precipitaron en la estancia los tres alegres calaveras, bastante turbados á consecuencia de las libaciones del *Champagne*.

Margarita los denostó con severidad por aquella pesada broma, y encarándose con D. César, que aun vestia su librea, dijo:

—Señores: este caballero que Vds. ven aquí, á quien conocen como yo, aunque aparece disfrazado de lacayo, ha convertido mi quinta en teatro de la mas repugnante farsa. Comprendo que todo esto dará márgen para que los escépticos compongan amargas sátiras contra mi reputacion, para que los envidiosos lancen contra mí epigramas chispeantes, y en general para que el gran mundo se divierta unos dias á costa de una pobre mujer, á quien se ha rodeado de indignas asechanzas. Mas á Vds., que presencian una parte de tan agradable fiesta, encomiando la mision especial de vindicarme, manifestando á la buena sociedad de la corte que este caballero, disfrazado con la librea de mis criados, ha sido despedido por mí, arrojado de mi casa, y despreciado.

Acabado esto, salió Margarita de la habitacion con toda la arrogancia de una reina, dejando estupefactos á los cuatro amigos.

VIII.

Así que pudieron recuperarse de aquella impresion del asombro, rompieron todos á reir, menos don César, que daba señales de estar devorado por una turbacion bastante visible.

—Valiente andanada te ha lanzado, gritó Monreal dando carcajadas como bramidos. Vuelve por uvas á la viña de la linda marquesa.

Te has lucido, añadió Valderrobles.

—Paga la apuesta, dijo Campo-Frío, y huyamos de aquí antes de que nos echen á palos.

—Poco á poco, exclamó D. César así que pasó aquel turbión de pullas y chanzonetas; la apuesta no está perdida.

—¿Cómo que no? gritaron los tres á la par.

D. César sacó su reloj con una sangre fría admirable.

—Señores, dijo, aun no ha espirado el plazo de nuestra apuesta. Falta un cuarto de hora, y hasta que no trascurra no puedo pagar. ¿Sabeis vosotros de qué manera se cambia el destino del hombre en un cuarto de hora?

—¡Bah, bah! dijeron todos á una voz; tiempo perdido. Vámonos de aquí, y saldrás mas ganancioso.

—No; lo que es yo no me voy, replicó D. César. En un cuarto de hora fatal he concebido yo por esa mujer un amor grande y verdadero, y en otro cuarto de hora mas dichoso puede ser que ella me corresponda. Así, pues, yo no salgo de aquí hasta que el tiempo de nuestra apuesta se cumpla.

Y diciendo esto, salió de la estancia.

Los tres amigos se volvieron al jardín, murmurando:

—¡Pobre Montenegro... está loco!

IX.

Quedó la estancia desierta; pero al poco rato volvió á salir Margarita por la misma puerta que se habia marchado, y, cayendo desplomada sobre un sillón, escondió su linda cabeza entre las palmas de las manos en actitud de meditación.

(Se concluirá.)

LEANDRO A. HERRERO.

TRISTEZAS DE NIÑA.

Niña, la de ojos azules,
azules cual cielo en calma,

la de los cabellos negros,
negros cual negra venganza;
niña, la de labios rojos,
rojos cual roja granada,
la de los dientes de perlas,
perlas de un valor sin tasa;
niña, la de cutis blanco,
blanco cual la nieve blanca,
la de corazon tranquilo,
tranquilo como las aguas
de una laguna escondida,
escondida en la enramada;
niña, que ayer sonreías,
sonreías y jugabas
con todas tus compañeras,
compañeras de la infancia...
¿por qué tu rostro está pálido,
pálido como la pálida
luz de la luna?... ¿Qué tienes?...
¿Qué tienes, hermosa?...

—¡Ay!... nada.

—¡No tienes nada, y suspiras!...

Suspiras, y viertes lágrimas,
y al cielo trémula elevas,
elevas tristes miradas!...
¡No tienes nada, y evitas,
evitas hasta del aura
el beso amoroso y dulce,
dulce cual la miel que labran
las abejas en la sierra,
en la sierra de la Alcarria!...
¡Nada tienes, niña, y huyes,
huyes de aquel que te habla
lleno de inquietud y anhelo,
anhelo en que se retrata
el mucho interes que inspira,
que inspira tu pena amarga!...
Tú suspiras, tú padeces,
tú padeces, niña amada...
¡Tú te ocultas porque sufres...
sufres, y ocultarlo tratas!...
Vamos, sé dócil; ¿qué tienes?...
¿Qué tienes, hermosa?...

—¡Ay!... nada.

—¡Vuelta á suspirar, y vuelta,

vuelta á elevar la apagada luz de tus ojos al cielo, al cielo que te ve y calla... ¡Vuelta á llorar!... Oye, niña, niña, la de la tez blanca, la de los ojos azules, azules cual cielo en calma, de negras crenchas y labios, labios rojos cual la grana, tú tienes el alma llena, llena de ese amor que mata, de ese amor ciego que arde, arde sin tregua, y abrasa el corazon de las niñas, las niñas enamoradas. Cálmate, pues, y no llores; no llores, que Amor te guarda la felicidad que hoy miras, hoy miras en lontananza. ¡Lo harás, niña!...

—¡Ay!... sí; que adoro, adoro con toda el alma!...

PEDRO MARÍA BARRERA.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

La buena anciana llevó sus temblorosas manos á mi frente, y me dijo:

—¡Vicenta, hija mía! ¡y tus hermosos cabellos?

—Los he cortado, madre mía.

—¿Y por qué? exclamó como espantada.

—Porque los iba perdiendo todos con la enfermedad.

—¡Dios mío, Dios mío! dijo mi madre llorando con desconsuelo: ¡volved los cabellos á mi hija! ¡Estaba tan hermosa con ellos!

(1) Véase nuestro número anterior.

Mucho tuve que hacer para consolarla de esta pérdida, que ella creía mayor que si perdiese su propia vida.

Después que hablamos de su salud y de la mía, é hicimos planes dichosos para el porvenir, vi que mi madre miraba con frecuencia á la puerta, cuando creía escuchar pasos en la escalera.

Me llamó la atención aquel extremo, é iba á preguntarle á quién aguardaba, cuando dijo ella con tristeza y abatimiento:

—Esta tarde que soy tan feliz no viene Pedro á presenciar mi felicidad. ¡Qué bueno es! Haces bien en enviarme todos los días. ¡Cuánto me ha consolado mientras no te he visto! Si fuese mi hijo, no haría mas que hacer ese honrado jóven. ¡Le debes querer mucho, porque es bueno!

Yo me quedé aturrida con aquellas razones, y nada respondí. ¡Cómo venia Pedro todos los días! ¡Yo solo le habia enviado una vez!

Mi madre continuó:

—¡Á él le debo la vida; sí, á él!... Me hablaba de ti sin cesar, que era mi alimento: además cuidaba de traerme cuanto necesitaba.

Me ha mimado, me ha regalado como á una niña chiquita; y luego, luego el cariño que te tiene es puro como el de los ángeles; si no fuese así, tu madre le aborrecería; mi anatema y mi maldición caerían sobre él. El que se burla de una anciana desvalida y de una hija que no tiene padre, debe ser maldecido por todas las madres infortunadas de la tierra.

Pero Pedro es bueno; el corazon me lo dice. Pedro te quiere tanto como te respeta; si no fuese así, no vendría á ver á la pobre vieja con su miseria y su vejez y se estaría horas y horas cuidándome como un hijo.

Los hombres que no aman de corazon; los que tratan de seducir y abandonar una jóven, huyen de los padres con horror; porque ven en ellos un estorbo á sus maldades y un grito anticipado de su conciencia.

Por desalmado que sea un hombre, respeta las canas, y para cometer sus atropellos y sus culpas, procura huir el ojo perspicaz de una cabeza coronada por blancos cabellos.

¡Cuánto me alegraría de verle esta tarde por aquí!

Hablaríamos mucho. Me pediría tu mano, y... y yo le diría que lo que quisiese mi hija, que yo no quebrantaba su voluntad.

—¿Le quieres tú, Vicenta? ¿Amas á Pedro, di?

—Sería yo tan dichosa si al cerrar mis ojos á la muerte dejase colocada á mi hija!

—¿Le quieres, Vicenta?

—Sí, contesté maquinalmente.

—Mi madre me abrazó; yo la estreché contra mi pecho con ternura. La puerta se abrió al mismo tiempo, y Pedro llegó.

El no sabía que yo estaba allí; así es que se quedó parado, tembloroso y pálido como la cera.

Nunca me había dicho que visitaba á mi madre, ni menos que la traía cosas para su cuidado y regalo.

Aquella generosidad silenciosa, aquella abnegación y caridad sin límites en un hombre de un carácter altivo é invencible á su modo y según su condición, me parecieron mas novelescos y grandes que cuanto había leído y visto en el discurso de mi vida.

En aquellos momentos me creí la mujer mas dichosa de la tierra: era amada espiritualmente por un ser de carácter indomable y rudo al parecer.

Esta clase de triunfos enorgullecen en extremo á las mujeres.

Conquistar un hombre de almíbar, es lo mismo que dar un confite á un goloso; pero conquistar un hombre de hierro, es un laurel para la cabeza de un héroe.

Á la hora de estar reunidos los tres, se había concertado un matrimonio.

Jamás se habría atrevido Pedro á decírmelo. Mil veces me lo ha confesado despues; pero mi madre dió voz á sus labios y arrojó á su alma, y sin hablar, habló, ó, mejor dicho, hablamos todos sin atrevernos á hablar.

Cuando participé á mis amos nuestra determinación la desaprobaron en extremo, y arrojaron á Pedro de la casa.

Esto me causó un dolor terrible; pero dije entre mí: "un hombre como él en todas partes será recibido."

Mi madre tenía un sobrino cura en este pueblo, y

le quería tanto, que decía "despues de mi Vicenta, aquel santito de Dios." Le escribió lo que nos ocurría, pidiéndole consejo en lo que debíamos hacer.

"Vénganse á este pueblo, contestó, y Pedro será colocado aun mejor que lo estaba ahí."

Con efecto, nos casamos y nos vinimos, trayéndonos á nuestra adorada madre, con mas regalo y miramientos que si fuese una Emperatriz.

Entonces mi primo dispuso que pusiésemos esta posada, y cuando murió mi pobre madre, ya estábamos nosotros con suficiente fortuna para que ella lo pasase como una Reina.

Mis amos tomaron tan á mal mi casamiento, que salimos bastante enojados; pero no hace mucho que fui á la ciudad hecha un brazo de mar con mi Pedro, y detuvieron su carruaje para hablarnos y decirnos que si algo se nos ofrecía que fuéramos á su casa, que siempre me habían querido como una hija, y sentían no verme con frecuencia. Se había casado la señorita mayor tambien, casi al mismo tiempo que yo, y tambien me ofreció su casa; pero yo he ido raras veces á visitarles: me va muy bien en mi pueblecito, y...

Aquí llegaba de su narración la posadera, cuando oyó llorar á su niño.

—¡Ea! buenas noches, señoras; descansar, y hasta mañana. Yo llamaré tempranito. Que duerman Vds. bien para emprender su viaje.

XV.

La Sirena enmudeció.

—¡Ay qué pocos años, qué pocos días á veces pasan para destruir la felicidad de una familia!

Ya no canta Sirena. Hace corto tiempo que volvimos á visitar el pintoresco pueblecillo donde la conocimos, y creyendo hallarla en el mismo sitio que la vimos por primera vez, fuimos á buscarla. El árbol donde se sentaba á cantar aquella Filomena de los valles estaba mudo y sombrío.

Era el otoño del año 1862, poco há mas de un año de la época en que escribimos la historia de esta pobre niña, que había dejado sus cantos por el dolor y las lágrimas, y el aire libre de las colinas y

los perfumes de los valles por una reducida habitacion que su buen tio el señor cura la daba para ponerla al abrigo de la miseria.

Pero esta es una larga narracion que dejaremos para una novela que pensamos dar con el titulo de *El Medio limon*, así como la presente lleva el de *La Media naranja*.

Entonces sabreis, amados lectores, la suerte de la pobre Inesilla; por ahora os diremos lo mas sucinto, para probaros lo que dijimos al empézar á hablar de Sirena.

«Cuanto mas rica una joya que llevamos puesta, mas cuidado debe haber con que no se pierda; si se estravie, y eso que los diamantes pueden comprarse con oro. ¿Qué haremos, pues, con la alhaja que una vez perdida no se recobra jamás?»

Bien habia dicho la madre de Sirena, que *todas las pérdidas que su hija tuviera fueran como la del collar por el cual tanto lloraba.*

Lo cierto es que nosotros buscamos á Inesilla en vano. Ya no estaba allí aquella flor de azahar encantando con sus perfumes de pureza á las mismas rosas y azucenas, ni podia dar su música á las aves para que aprendiesen á gorgear, ni sus dulces ecos al caminante que la escuchaba de lejos como la dulce flauta de un pastor leonés cuando lleva sus ganados al campo apenas nace la luz del dia.

Tristes, sombríos nos quedamos al pie del árbol de Sirena, y algunas hojas de color tostado, crugiendo y rompiéndose de secas, vinieron en las ráfagas del viento á acariciar nuestra frente, como el último suspiro de un enfermo.

El valle á lo lejos se veia como una capa amarillenta, y el horizonte tenia un color plomizo que se perdia de la mirada, como las olas del mar á lo lejos.

Sin embargo, oimos que un hombre trabajaba en la tierra cerca de nosotros, y nos pareció la pica de un sepulturero que cava una tumba. La fantasia presenta los objetos y los sonidos segun el grado de exaltacion en que se encuentra.

Lo maravilloso, lo romántico y lo novelesco se avienen mucho con las almas vehementes y sensibles. Allí no se cavaba una tumba, era una poca de tierra

para una planta de invierno; pero nuestro corazon veia un sepulcro en aquella zanja, y una cruz para la pobre Sirena.

Nos detuvimos para cerciorarnos de que nada de lo que creíamos sucedia, y preguntamos á un hombre que trabajaba:

—¿Podeis darnos razon de Sirena, la niña que se sentaba á cantar bajo aquel árbol?

—¿Quién? ¿Inesilla? respondió el hombre levantando la cabeza.

Entonces vimos que era Bartolillo. El mismo á quien preguntamos la otra vez, que era ya todo un mozo con patillas, y tenia en la boca un cigarro de papel, gordo como su dedo pulgar.

—Sí, Inesilla.

—Ni sé, ni quiero saber de semejante arpia. Bien hice yo en no quererla nunca.

Cuando á uno le ice el corazon no quieras á ese, por algo es. Yo nó queria á Sirena, ni la quiero, ni la querré nunca, y eso que toos decian que era lo mejor del valle.

—Pero, ¿vive ó ha muerto?

—¡Ojalá!

—¿Cómo!

—Sí! ¡Ojalá! Que mas tranquilo estaria el pueblo, y mejor hubiera sido para toíticos.

¡La orgullosa! No se reunia de pura vania con naide, y ahora naide se quie reunir con ella. Bien lo merece.

—Pero... ¿qué ha hecho? ¿Por qué la ofendeis de ese modo?

—Porque tengo vergüenza, y mejor quisiera que cayera una nube de langosta en el lugar, que ninguna de sus mozas tuviera que escondese de las gentes por cosas que no se pueen decir.

Esté pueblo ha sido siempre la honra de la comarca, y Sirena ha lograo que caiga en él una mancha que no se limpia con toa el agua de los riegos que corren por ella.

—Pues bien; cuéntanos esa historia.

—Antes me pique un alacran en la lengua.

—¿Y por qué?

—Ya podia yo ir luego á confesar al señor cura que habia contaó las cosas de su sobrina! La penitencia seria flojilla.

—Pues mas pecado cometes en alarmar los ánimos para no satisfacerlos.

—Yo no pueo decir mas sino que esa pícara Inesilla ha perdido cuanto tenia que perder. ¡Está osté al cabo!...

—Sí, hombre, sí; pero...

—No hay pero que valga. Vayan ustees con Dios, y que otro lo cuente, que yo ya he dicho mas de lo que pensaba.

—¡Pobre Sirena! decíamos alejándonos: ¡bien dijo tu pobre madre cuando perdiste el collar!

Á las pocas horas estábamos fuera del pueblecillo, y veíamos el campanario con la tristeza que le ve el que oyó tocar á difuntos por el alma de una persona querida.

El cementerio pilla á un lado del pueblo, y estaba abierto cuando pasamos.

No sé por qué nos ha gustado siempre esa melancolía mortuoria que despiende el campo santo.

Hay al lado de las tumbas una tranquilidad tan misteriosa, que al hincarse de rodillas y rezar ó meditar en lo que somos, sentimos algo de lo que es dejar de ser, de esa paz que disfrutará el alma, y ese descanso en que dormirá la materia, acosada en vida por tan continuos dolores.

El mudo ciprés que cobija el sepulcro con su sombra, es el árbol que mas simpatiza con la melancolía de un corazón sensible.

La suave malva que tapiza las grietas del sepulcro nos ofrece su sencilla flor, diciendo:

—Aquí te ofrezco la sustancia de un ser que se ha convertido en abono de mi raíz.

La dura losa nos dice: "Ven y apoya tu cansada frente, y en ella refrescarás el ardor de un pensamiento continuo que te acosa y te persigue desde el nacer al morir."

¡Qué silencio tan majestuoso! ¡Y cuánto dice al cristiano!

Con el mayor respeto fuimos arrodillándonos ante aquellas toscas cruces, que nos representan siempre la que llevó el Redentor sobre sus gloriosos hombros.

El cementerio de un lugar siempre es pobre. Rara vez encontrais allí la vanidad sentada sobre las tumbas.

Si algun gran señor muere en una aldea, lo mas probable es que le trasladen á la ciudad, para que luzcan en su sepulcro de mármol todos los dictados y condecoraciones con que le agració la suerte.

En estos humildes cementerios solo vemos puñados de tierra mas ó menos removidos por la mano del hombre, segun el tiempo que pasó en que fue á depositar á su hermano y á decirle la última oración.

Sin embargo, soleis encontrar letreros que dicen tanto como la mas tierna elegía.

Porque donde quiera que alienten corazones existirá la poesía del alma sin adornos ni rima, pero armónica y sublime, y llena de perfume y castidad.

"Aquí yace Casilda, la mas casta doncella de estos valles."

Hé ahí un epitafio que allí leímos, y que nos representó al momento una jóven purísima, de tersa frente, mirada modesta y mejillas pudorosas.

*Yace aquí Juan el anciano,
tan severo como honrado.*

Allí creimos ver la blanca cabeza de aquel viejo que se sentaba con sus hijos á la chimenea y rezaba todas las noches el rosario con su familia, y echaba la bendición en la mesa, y decia al concluir la comida una oración á San Cayetano, abogado de la Providencia.

*Yace aquí una pobre madre...
¡con qué pena moriría,
dejando á sus tiernos hijos
en orfandad y agonía!*

Una lágrima asomó á nuestros ojos á la idea de unos pobres niños sin madre.

Esta era la tumba que mas habia llamado nuestra atención, por estar salpicada de flores y tener en la cruz un lazo de gasa negra que daba sus puntas al viento, como las alas de un ave nocturna sobre la veleta de un campanario.

La tumba estaba empedrada de fino primorosamente, y á la cabeza tenia una cuadrada losa negra, donde estaba la inscripción. La recorrimos con avidez. Leímos un nombre: *¡Vicenta!*

Nos estremecimos, y pasamos las manos por nuestros ojos, creyendo engañarnos.

Nuestros ojos, lastimados por la presión que les dimos, ennegrecieron y abultaron los objetos, y vol-

vimos á leer en letras mas grandes todavía ¡Vicenta!...

No quisimos ver mas.

El sepulturero se iba acercando hácia nosotros, y huimos con horror de que nos dijese la verdad.

¿Seria la madre de Sirena?

¿Seria ella misma la que cuidaba la tumba de su pobre madre con tan solícito esmero?

¿Habrian atado sus blancas manos aquel lazo negro en los brazos de la cruz?

Preferimos no saberlo. El dolor ahogaba la curiosidad.

Allí debia existir una fúnebre historia. Mas tarde la supimos, y en la segunda parte de esta obra la contaremos á nuestros lectores.

Con paso sombrío nos fuimos alejando de allí, no sin volver varias veces la cabeza hácia la tumba sembrada de flores que se distinguia á lo lejos entre las otras, y parecia el cadáver de una jóven amortajado con esmero.

Ninguna otra tumba tenia una flor. Solo algunos jaramagos, amapolas ó malvas crecian á su alrededor.

Cuando salimos del lugar, las sombras de la noche empezaban á estenderse por el horizonte.

Las aves se preparaban á dormir, y los ganados volvian á las majadas, y el pastor macilento cantaba una cancion con la cual marcaba el tardío paso de su lanudo ejército.

Al ir á doblar un montecillo, subimos á él para mirar por última vez el pueblo que tanto habia despertado nuestras simpatías.

Al mismo tiempo las campanas tocaron la oracion. Nos arrodillamos con solemnidad, y al concluir las Ave Marías rezamos por ¡Vicenta! por esa Vicenta que no nos atrevíamos á suponer fuese la madre de Inesilla.

¡Sirena ya no canta! ¡Sirena ha enmudecido!

¡Sirena es la hija que adorna la tumba de su madre!

XVI.

Anibal Rinaldi.

Parece que solo á los cangrejos les es permitido

andar hácia atras, y, sin embargo, todos tenemos esa facilidad envidiable.

Vuelve atras el que de niño tenia talento y luego se entontece.

Vuelve atras el que era hermoso y luego se pone feo.

Vuelve atras el que tenia dinero y lo pierde.

El que estudió famosos libros y no tuvo memoria para retenerlos.

El que de niño fue formal y luego se hace risueño.

El que no enamoró en su juventud y de viejo se muere por las muchachas.

Y sobre todo se vuelve atras el que empeña palabras y no las cumple.

Todos parece que andan hácia adelante; pero si los observais bien, vereis que deshacen mil veces lo andado, y que cuando parecia que iban á adelantar mucho, se encuentran á principios del camino.

Lo menos cien veces al dia deshace la imaginacion lo que minutos antes hizo.

No hay pensamiento que brote ligero que no haga lo que los wagones cuando les falta gas: retroceder lentamente.

Menos fácil es el crear que el deshacer lo creado. Si no, dígalo el poeta cuando emborriona sus versos.

El pintor cuando borra sus bocetos para darles nuevos coloridos.

El escultor que rompe una piedra con un grupo ya hecho que no le pareció bien.

(Los cangrejos son chiquitos de escuela junto á los hombres.)

No hay criatura que no desee volver á nacer para cometer sin duda las mismas tonterías que antes.

Todos desean quitarse años para volver á subir la cuesta del infortunio.

Todavía no ha habido un hecho en la vida que el hombre no desee deshacer, creyendo que de otro modo saldria mas bonito.

En nada encontramos la perfeccion, y cada cual da su voto para deshacer lo hecho y empezarlo de nuevo, y empeorarlo si es posible.

Desde Adán acá se discute el modo de ser felices, y aun no hemos dado con la felicidad.

Cuando nosotros vamos adelante, ella corre atras

que se las pela, y cuando nosotros retrocedemos, ella nos pilla la vez y corre á nuestro frente como un galgo.

Todos dejamos escapar una ocasion en la vida, y luego pasamos lo restante de ella volviendo hácia atras á buscarla, mientras ella se rie de lejos, tirándonos como á tierno infante de las andaderas.

Yo tambien tengo ahora que volver atras para presentaros de nuevo en la tertulia de doña Mercedes, y que veais allí á Aníbal Rinaldi, ese prodigio singular, esa flor nacida en Damasco, orgullo y admiracion del Asia otomana, que á la edad de doce años sabia ya trece idiomas, desde el de su país hasta todos los que puede recorrer un hombre en una larga vida de estudios incesantes.

Turco, armenio, maltés, español, inglés, francés, portugués, griego, latin, árabe y otros cuatro ó cinco idiomas ademas de los ya dichos estaba hablando en esa noche el singular, el prodigioso Aníbal.

Su maestro, Mustafá Abderramen, apoyados los codos sobre el velador y las manos en las mejillas, miraba á su discípulo escribirlos al propio tiempo que los hablaba, siendo perfectos los caracteres de las letras así como la acentuacion con que los marcaba.

La lisonjera satisfaccion de un orgullo justo se pintaba en el rostro del médico armenio, no dudando que su discípulo era la gran maravilla del siglo y que desafiaba con razon á todos los seres nacidos y por nacer á que hiciesen lo que aquel singular jóven hacia.

La plena tertulia de la viuda del brigadier se agolpaba enrededor del admirable políglota, deseando cada cual dirigirle la palabra por recibir una agradable contestacion de aquellos labios rosados y juveniles, que sabian traducir la palabra de todos los países y resucitaba idiomas muertos, representándonos hasta en la entonacion los hombres de siglos remotos.

Se habian citado en aquella noche en casa de la viuda los maestros de lenguas que habia en la poblacion, con el objeto de que el jóven tuviese con quien conversar y quien pudiese explicar á los otros luego lo que él decia.

Ademas asistieron algunos catedráticos, con los

que habló un rato el hijo sublime del Asia, familiarizándose principalmente con D. León Carbonero y Sol, catedrático de idioma árabe, y con el señor D. Juan José Bueno, bibliotecario de la universidad. Este insigne poeta, que mas tarde visitó la Alhambra de Granada, presentó al jóven unas poesías árabes llenas de fuego oriental, dudando si sabria arreglarlas y traducirlas.

El hermoso adolescente levantó la cabeza, y mirando con fijeza al Sr. Bueno, le dijo en español:

—¿Son escritas por vos estas poesías?

—Son arreglo del árabe, contestó.

—Desearia leer algo vuestro en español. Me han dicho que sois uno de los vates españoles que honran el nombre de la florida Andalucía con sus deliciosos cantos.

—Soy poeta, como todos los que nacen bajo tan hermoso cielo. Aquí aprenden todos el idioma de las aves.

Las flores, el cielo, el ambiente respiran poesía, y el que no tiene una lira para cantar sus emociones, las encierra en su alma y las esplaya en la soledad.

—Pero vos las habeis dado al mundo, caballero. El Guadalquivir pregoña vuestro nombre, y las auras de Sevilla repiten que sois un vate privilegiado, que ciñe á sus sienes los laureles que os ofrecen las musas al oírlos.

D. Juan Bueno tendió la mano al jóven, y con una modestia graciosa y fina en extremo, le dijo:

—Ocupémonos de vos, que sois gloria del mundo. Junto al jóven damasquino, los demas somos sombras ligeras que pasamos aplaudiéndole sin atrevernos á detenernos siquiera á su lado por no creernos dignos de proyectarle una sombra.

Aníbal apretó la mano del poeta, é inclinando la cabeza con majestad, le dió las gracias, procediendo á leer unas monedas árabes y otros manuscritos de la antigüedad.

La noche estaba enteramente dedicada á aquella maravilla inexplicable, y nadie tenia ojos ni sentidos para otra cosa.

Cada cual decia una frase de admiracion; pero Julia, sobre todo, estaba con la mirada fija, la boca entreabierto y el corazon palpitante, contemplando la

frente infantil del joven, ancha y grave, sin embargo, como la del hombre que lleva una serie de estudios profundos.

Julia, que tenía la inspiración del poeta, el alma del artista y el corazón á la vez emprendedor y gigante, no había hallado una frase para sus labios que indicasen al joven la admiración y el entusiasmo que sentía.

Hubiera querido poder inventar un lenguaje nuevo, comprendiendo que todas las frases de mas fuerza estaban ya gastadas por los hombres en seres que no lo merecían como Aníbal.

—Solo sois en el mundo como el astro brillante del sol, le dijo en italiano, dando una fuerza y una dulzura á su palabra, que el joven se quedó como embriagado al oírlo.

Á la sazón estaba escribiendo italiano el joven, y puso estas palabras:

"He visto en una noche brillar ante mí una luz mas esplendente que la misma luna. ¡Eterna va á ser mi oscuridad cuando la pierda!"

En seguida entregó á Julia estas misteriosas palabras, que comprendió muy bien, puesto que sus mejillas se tiñeron de un hermoso carmin; pero como si no hubiese comprendido que se trataba de su hermosura, siguió hablando al joven en francés, en inglés, en italiano y en español.

Aníbal estaba sorprendido de los temas que le presentaba aquella singular mujer, y aun mas lo estaba el médico Abderramen, que no cesaba de mirarla, como el que ha visto un cuadro de Rafael y desea inspeccionar los menores detalles.

—Parece, señora, la dijo, que habeis seguido la escuela de Aníbal.

(Se continuará.)

Á MARÍA DE LA GLORIA MELGAR Y SAEZ.

Faustina: desde estos riscos... desde esta endiablada sierra, para cumplir mi palabra te mando esta cantinela,

¿Quieres que cante á tu Gloria?

—Le cantaré, si te empeñas, una virtud que tú tienes

dominante... la modestia.

En medio del fresco vallye,

que el Guadalvin atraviesa

formando bellas cascadas,

está el prado de violetas.

Su primera flor plantola

la encantadora Zulema!

hija del Zuruyemal,

alcaldesa de esta tierra.

Zulema, que enamorada

de un rico Gomer, no alienta

ni tiene mas pensamiento

que el amor que la embelesa;

pero su amor está ausente,

y acompañada de dueñas

vase á pasear al prado,

y allí refiere sus penas

á las rocas, á las brisas

y embriagadoras violetas.

Rendida con el paseo

al pie de un sauce se asienta,

y á sus hermanas las flores

así dice en son de queja:

«¿Por qué os ocultais, hermanas?

alza cual yo la cabeza,

que es alegre mensajera

esa brisa que á mí llega.»

«¿Por qué no lo haceis?—Mirad,

encantadora princesa,

que nuestro único valor

está... ¡dónde?—en la modestia.

Tornose al punto el semblante

de la hechicera Zulema,

y suspirando de amor

dice:—«Han razon las violetas.»

RAMÓN DEL PRADO Y REGUERA.

Ronda 3 de setiembre de 1864.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE "LA VIOLETA."

El público se decide por los espectáculos.

No pueden estar quejosas las empresas teatrales, si se atiende á la animacion que reina todas las noches en todos los coliseos de Madrid.

S. M. la Reina y su augusta real familia han cooperado tambien á estas diversiones, honrando con su presencia y consecutivamente todos los teatros.

El Real abrió sus puertas en la noche del 17 con la magnífica ópera *Roberto il diavolo*, sobre cuya apertura hablaremos en nuestra revista inmediata. Hoy solo deseamos de todo corazon, por decoro del público, no ver reproducidas escenas iguales á las tan terriblemente desagradables habidas en dicho local.

En el teatro del Príncipe, y con éxito por de mas dudoso, púsose en escena una comedia nueva, arreglada del francés por no sabemos quién, y titulada *La Última trinchera*.

Esta obra, cuyo principal defecto estriba en la inverosimilitud del asunto, con caracteres falsos, con tipos solo comprensibles en un *vaudeville*, se halla bastante bien dialogado, adoleciendo, sin embargo, de grandes brochazos y de no pocos chistes de mala ley. Una hermosa viuda, casamentera, caprichosa y ridícula, un calavera insípido y locuaz, una niña tonta, una vieja verde y un militar que se asemeja mucho á un cochero, hé aquí los tipos principales de la fábula, tipos exagerados, que sirven de sosten á una intriga inocente y poco interesante. El desempeño de esta obra nada dejó que desear: la señora Álvarez á la altura de su buen nombre; el Sr. Catalina (D. Juan), como siempre que interpreta papeles de esta clase, inimitable.

El sainete de D. Ramon de la Cruz *La Boda del tío Carcoma* sirvió á Fernandez para alcanzar una de esas estrepitosas y generales carcajadas, que son el triunfo mas verdadero de los actores cómicos.

En este teatro se prepara la comedia de Scribe *Batalla de Damas*.

En Jovellanos, ante una brillante concurrencia y con un éxito lisonjero, púsose tambien en escena la

comedia nueva en tres actos y en verso, original, titulada *De la mano á la boca...* Esta fábula, brillantemente versificada, de una sencillez primorosa y con tipos deliciosos, fue recibida con justos aplausos: su autor, el Sr. Puente y Brañas, se presentó en el palco escénico, llamado por los espectadores. En la ejecucion no hallamos á nadie á la altura de la obra; únicamente la Lola Fernandez merece nuestro parabien por la gracia y soltura con que dió colorido á la chispeante criada.

Continúa en este coliseo, pasando como original, *El Sistema homeopático*. ¡Válganos Dios!

En el lindo teatro de Variedades tambien se estrenó una comedia nueva, arreglo del francés, titulada *Los Pobres de levita*. Nada de particular ni digno de lo ofrece esta obra, recientemente trasportada de allende el Pirineo. Lamentamos en el alma ese afan de traducir; pero doblemente lo sentimos cuando, como ahora, el arreglador de la obra en cuestion es un escritor distinguido, un jóven autor que tiene dadas sobradas pruebas de inteligencia y talento. Escriba el Sr. Zamora y Caballero obras originales; abandone las rapsodias á los que, menos felices que él, no pueden *trabajar por su cuenta*; sea original, y estamos seguros no tocará los desaires que puede proporcionar el padrinazgo de obras ajenas y por lo general vulgares.

El desempeño de *Los Pobres de levita* fue tambien pobre y desdichado.

Dentro de breves dias se presentará en la escena el ilustre D. Julian Romea con la magnífica comedia *El Hombre de mundo*. ¡Bien por el arte!

En el teatro del Circo naufragó una zarzuela, ó, por mejor decir, una disparatada concepcion que, con el título *Bodas ocultas* intentó probar fortuna. La tierra le sea ligera. Continúan los ensayos de la zarzuela *El Toque de ánimas*, cuyo libro rogamos á Dios sea aplaudido con entusiasmo, porque, á pesar de las controversias suscitadas entre los curiosos y noveleros de bastidores, nosotros sabemos que si la zarzuela no pertenece á una gran eminencia literaria, su autor es un jóven modesto, laborioso y entusiasta, digno de la mejor fortuna. La música es del Sr. Arrieta: con esto basta.

De Novedades solo sabemos lo que pasa por los

carteles y los periódicos; de suerte que nos habrán de perdonar nuestros lectores que de hoy en adelante no digamos nada de este teatro, cuya empresa ha estado muy ocupada en manos de *la justicia* por no querer ó *no poder* pagar á una distinguida actriz que es muy necesaria en aquel teatro de magia y brochazo.

Prepáranse brillantes fiestas aristocráticas, *soirées* deliciosas, que ofrecen á los dichosos los encantos del mas delicado paraíso.

El invierno ha llegado, y bien podeis decir, bellísimas lectoras mías, que la rigurosa estacion os envuelve en una guirnalda de flores.

Convengamos en que para vosotras es el invierno un viejo muy complaciente.

.....
No quisiera entristeceros.

Pero vosotras, embriagadas por el brillo de vuestros propios hechizos, no dejareis de escuchar allá, á lo lejos, un clamor triste y terrible.

Es la Caridad que estiende su mano hácia vosotras, y esclama: *Acordaos de los que sufren.*

Un corazón sin caridad es una flor sin aroma, una estrella sin cambiantes.

Tended la vista, y os hallareis con una desdicha.

Cien y cien víctimas lloran hoy su desventura no lejos de nosotros: acordaos de las inundaciones de Valencia. Las madres que han perdido sus hijos, las esposas que han visto morir á su adorado, las aguas envolviéndolo todo.

No os podeis imaginar cuánto de horrible y espantoso tiene ese cataclismo apellidado *inundacion*.

Y cuando tras la inundacion, tras de las ruinas, el destrozo y la muerte, asoma la miseria, el hambre para los que sobrevivieron á su desdicha, entonces el horror se dobla, y del corazón brotan gotas de amargo llanto.

Tended vuestra mano hácia nuestros hermanos: nunca brilla mas una mujer que enjugando lágrimas.

La mision de vosotras, faros de la humanidad, es consolar á los que lloran.

Bienaventuradas de vosotras que tomáis en la tierra la forma de los ángeles.

Consuelo del anciano, apoyo del niño, todo espí-

ritu, todo luz; vosotras endulzais las amarguras del hombre.

Como la estrella en la oscuridad, como el arroyo en el desierto, sois vosotras en el estéril camino de la vida.

Acudid, pues, á la Administracion de esta humilde VIOLETA, y depositad un pequeño óbolo que sirva de recuerdo de la desgracia en medio de los placeres, y de un bello y celestial consuelo para los que sufren bajo el peso de una gran desgracia. Para vosotras, un pequeño donativo es nada; para los infelices necesitados, mucho. Socorredles, pues; auxiliadles en su aflictiva y desesperada situacion, y seréis entonces los verdaderos ángeles del paraíso, de rostro encantador, de cuerpo voluptuoso y bello, y de alma tierna, buena, caritativa y dulce, que no abandona nunca al que sufre ni al que llora.

¡Benditas seais!

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de *point-de-soie*. La falda va adornada por dos órdenes de terciopelo encarnado figurando volantes, acompañados de lazadas. Rotonda de terciopelo encarnado guarnecida de un ancho encaje. Sombrero de terciopelo y plumas. Cintas de raso.

Segunda figura. Vestido á rayas de tafetan y raso, adornado en el bajo de la falda por dos volantes encañonados y ribeteados de terciopelo que se entretrenzan formando ondas. Torera redonda de un encañonado, mangas de codo abiertas y redondas por abajo. Camiseta de muselina con puños, cuello y chorrera de encaje. Cinturon negro con hebilla. Prendido de encajes, adornado de flores y cintas.

Tercera figura. Niño de seis años. Pantalón de terciopelo adornado de botones. Blusa igual, ceñida al talle por un cinturón de piel. Botinas negras.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



2489

LA VIOLETA
Redaccion Ayuntamiento de Madrid



S
phé
colu
N
patr

Los cu
elus
doña
de L
ta de
Carn
te co
trone
—Se
cias
aviso
novel
que s

La n
Rep
e preg
ruel y
ia hec
iva y

(1)